

desde la convivencia

Gay de mierda

Román Revueltas Retes

Eso es lo que soy. O, por lo menos, eso es lo que un lector dice que soy, luego de leer mi columna dominical. Claro, yo me lo busqué. Digo, se me ocurrió ni más ni menos que cuestionar la postura hacia los homosexuales que tiene la iglesia católica. La Congregación para la Doctrina de la Fe (vaya ignorancia la mía, no sabía que era el antiguo Santo Oficio, tribunal de la iglesia derivado de la Inquisición; me lo dijo, ayer mismo, monseñor Schulenburg, a quien me encontré en un café de barrio y que, luego de leer unos párrafos del mencionado artículo, me aclaró que también el cardenal Joseph Ratzinger es, al parecer, un hombre muy inteligente llamado expresamente por el Santo Padre para ser el máximo responsable de esa Congregación) acaba de publicar un documento, dirigido sobre todo a los políticos católicos, para detener el avance de las leyes que, en un creciente número de países, reconocen los mismos derechos a homosexuales y heterosexuales como, por ejemplo, la facultad de contraer matrimonio y de adoptar niños. Decía yo, entre otras cosas, que la iglesia es para todos, que su doctrina fundamental es el amor y que las minorías —justamente por la existencia de individuos, más dados a perseguir que a entender, como este lector que me envía, sin firmar, un correo electrónico con un inequívoco mensaje: “enseñaste el cobre *gay* de mierda”— serían, en todo caso, los hijos predilectos de Jesucristo.

Ahora bien, no le falta razón al autor de la misiva. Porque, aquellos de nosotros que intentamos, mal que bien, entender un tanto la condición humana, debemos no sólo ser gays sino también negros, esclavos, judíos, palestinos, mojados y mujeres (estas últimas son, paradójicamente, la más grande de las minorías; de hecho, son mayoritarias en

* Tomado de *Milenio Diario*, lunes 4 de agosto de 2003.

todo el mundo, hasta en esos países donde los machos las cubren de pies a cabeza para no sucumbir a los humillantes tormentos del deseo).

Debiera yo, desde luego, apresurarme a certificar debidamente mi condición de heterosexual declarado, pero ello sería una traición a esa naturaleza de humano solidario que tanto ostento, aparte de un acuse de recibo del mezquino acobardamiento que me haya podido producir la obtusa hostilidad de un intolerante. En lo personal, no me preocupa demasiado la calificación recibida. Me angustia, eso sí, la zafiedad del personaje en lo que a la visión de sus semejantes se refiere. Lo que pasa es que el tipo, como todos los homofóbicos, debe traer dentro algunas inclinaciones que a él mismo le horrorizan. Siempre me ha parecido muy sospechosa la rabia de esa gente. Pero, en fin, hoy me toco ser *gay*, no psicoanalista.